

La vestimenta sagrada del sumo sacerdote es rica en simbolismos; uno de ellos es el de los nombres de los hijos de Israel grabados sobre las piedras de ónix que adornaban las hombreras del efod, del que proviene nuestra casulla actual: seis sobre la piedra del hombro derecho y seis sobre la del hombro

Lo que quiero señalar es que tenemos que reavivar siempre la gracia e intuir en todas las peticiones, a veces inoportunas, a veces puramente materiales, incluso banales —pero solo en apariencia—, el deseo de nuestra gente de ser ungida con el óleo perfumado, porque sabe que lo tenemos. Intuir y sentir, como sintió el Señor la angustia esperanzada de la hemorroísa cuando tocó el borde de su manto. Ese momento de Jesús, metido en medio de la gente que lo rodeaba por todos lados, reproduce toda la belleza de Aarón revestido sacerdotalmente y con el óleo descendiendo sobre sus vestidos. Es una belleza oculta que resplandece solo para los ojos llenos de fe de la mujer que padecía derrames de sangre. Ni los mismos discípulos —futuros sacerdotes— son aún capaces de ver, no comprenden: en la "periferia existencial", solo ven la superficialidad de la multitud que aprieta por todos lados hasta sofocarlo (cf. Lc 8,42). El Señor, en cambio, siente la fuerza de la unción divina en los bordes de su manto.

Así hay que salir a experimentar nuestra unción, su poder y su eficacia redentora: en las "periferias" donde hay sufrimiento, sangre derramada, ceguera que desea ver, cautivos de tantos malos patrones. No es precisamente en autoexperiencias ni en introspecciones reiteradas donde vamos a encontrar al Señor: los cursos de autoayuda en la vida pueden ser útiles, pero vivir nuestra vida sacerdotal pasando de un curso a otro, de método en método, nos lleva a hacernos pelagianos; a minimizar el poder de la gracia que se activa y crece en la medida en que salimos con fe a darnos y a dar el Evangelio a los demás, a dar la poca unción que tengamos a los que no tienen nada de nada.

El sacerdote que sale poco de sí, que unge poco —no digo "nada" porque, gracias a Dios, la gente nos roba la unción—, se pierde lo mejor de nuestro pueblo, eso que es capaz de activar lo más hondo de su corazón presbiteral. El que no sale de sí, en vez de en mediador, se va convirtiendo poco a poco en intermediario, en gestor. Todos conocemos la diferencia: el intermediario y el gestor "ya tienen su paga", y puesto que no ponen en juego su propia piel ni su corazón, tampoco reciben un agradecimiento afectuoso nacido del corazón. De ahí proviene precisamente la insatisfacción de algunos, que terminan tristes; sacerdotes tristes, y convertidos en una especie de coleccionistas de antigüedades o de novedades, en vez de ser pastores con "olor a oveja" —esto os pido: sed pastores con "olor a oveja", que eso se note—, en vez de ser pastores en medio del propio rebaño, y pescadores de hombres. Es verdad que la así llamada crisis de identidad sacerdotal nos amenaza a todos y se suma a una crisis de